

Plessner, Helmuth, *Los grados de lo orgánico y el hombre. Introducción a la antropología filosófica*, Granada: Editorial Universidad de Granada, 2022

Juan Velázquez González

Universidad de Zaragoza (España) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.91382>

La traducción al castellano de la principal obra de Plessner, titulada en el original *Die Stufen des Organischen und der Mensch*, viene a remediar una carencia de la recepción de la antropología filosófica en ámbito hispánico. Se suele considerar que son tres las obras que señalan el comienzo de la antropología filosófica, entendida como un nuevo camino en el pensamiento filosófico del siglo XX¹: la conferencia de 1927 de Max Scheler, publicada al año siguiente como *El puesto del hombre en el cosmos*; esta obra de Helmuth Plessner aparecida también en 1928; y el libro de Arnold Gehlen de 1940 *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*. Mientras que el opúsculo de Scheler cuenta ya con tres traducciones a nuestra lengua (1929, 2000, 2017) y la obra de Gehlen con una (1987), no contábamos con una traducción completa de *Los grados de lo orgánico y el hombre* hasta la realizada por Javier Hernández Cuesta, junto a una introducción al texto, glosario y notas, que ha sido publicada en la editorial de la Universidad de Granada a finales de 2022.

El subtítulo que el autor puso a su escrito no ha de llevar a confusión. Con él Plessner no dice introducir al lector en la antropología filosófica como una disciplina filosófica ya formada, sino *introducir la antropología filosófica* en el panorama filosófico a comienzos del siglo XX: cuando se asiste a una intelección cada vez más profunda de los rasgos antropológicos de nuestra especie en el singular desarrollo de las ciencias biológicas, psicológicas y sociales, y respecto a las cuales una filosofía del ser humano debería buscar su lugar. En este sentido, la de Plessner es la primera introducción para el gran público de la contemporánea filosofía del ser humano, habiendo sido la conferencia de Scheler solo un esbozo, intuitivo pero muy parcial. La introducción de su joven colega de la Universidad de Colonia era sin embargo una obra sistemática, bien justificada y de gran precisión científica y conceptual. Se situaba además en continuidad con el estudio también muy

riguroso que Plessner había publicado en 1923 sobre el modo humano de conocer: *La unidad de los sentidos. Líneas básicas de una estesiología del espíritu*; y tendría a la vez su continuidad en un estudio sobre el modo humano de expresarse, aparecido en 1941: *La risa y el llanto. Investigación sobre los límites del comportamiento humano*².

Scheler había invitado a Plessner a unirse a él en la recientemente inaugurada Universidad de Colonia, donde desde 1920 y a lo largo de esa década del siglo pasado compartieron una misma forma de abordar el estudio filosófico del ser humano, en el marco de una filosofía de la biología y de una metafísica del conocimiento inspirada en la de Nicolai Hartmann, que se uniría a la universidad en 1925, constituyendo entre los tres una característica constelación de pensamiento³. *Los grados de lo orgánico y el hombre* se elaboró en el marco de esta comunidad filosófica, de forma que la acusación de plagio de sus propias ideas que en 1928 Scheler formulara sobre la obra de Plessner queda muy cuestionada sobre este hecho⁴. Sin embargo, tal acusación de Scheler, fallecido ese mismo año, perduró y provocó, junto a otras circunstancias explicadas en su texto por Plessner (p. 24), que hasta los años 60 en Alemania su obra permaneciera en un segundo plano, como también parece haber sido el caso fuera de su país natal, donde las traducciones no han aparecido hasta el presente siglo, como la que aquí se reseña.

La investigación de Plessner en esta importante obra consiste en estudiar qué es la vida orgánica, cómo se puede entender el fenómeno, y cuáles son

¹ Así lo ha planteado repetidamente Joachim Fischer, sobre todo en su *Philosophische Anthropologie. Eine Denkrichtung des 20. Jahrhunderts* (Baden-Baden: Karl Alber, 2009).

² Libro que cuenta con traducción al castellano desde 1960, y se puede encontrar en Madrid: Trotta, 2007.

³ Ver Joachim Fischer, "Neue Ontologie und Philosophische Anthropologie. Die Kölner Konstellation zwischen Scheler, Hartmann und Plessner", in *Von der Systemphilosophie zur systematischen Philosophie – Nicolai Hartmann*, eds. G. Hartung, M. Wunsch & C. Strube (Berlin, Boston: De Gruyter, 2012), 131-51.

⁴ Matthias Schloßberger, *Phänomenologie der Normativität. Entwurf einer materialen Anthropologie im Anschluss an Max Scheler und Helmuth Plessner* (Basel: Schwabe Verlag, 2019), 70-1.

las distintas modalidades organizacionales del mismo, que se muestran como distintos grados o niveles [*Stufen*] hasta llegar a la esfera de la vida humana. El modo de proceder de los análisis de Plessner no es fenomenológico en el sentido de que no parte de la vivencia, sino de la delimitación filosófico-conceptual de lo orgánico en referencia a la evidencia que presentan las ciencias de la vida. “Sin una filosofía de la naturaleza no es posible una filosofía del hombre”, explica Plessner (p. 65). Pero el modo de filosofar del que fuera estudiante de Husserl es también fenomenológico en dos sentidos: primero, porque se basa en atender directamente a la descripción del fenómeno de la vida orgánica en sus formas –dejando al margen conceptualizaciones sobrepuestas al fenómeno, tanto filosóficas como científicas– y, segundo, porque conduce a la manera de vivenciar su vida de cada ser humano, que se comprende desde “las formas esenciales de lo humano contenidas en su propia existencia” (p. 67), es decir, desde una filosofía biológica de la vida humana.

Atendiendo directamente al fenómeno de la vida orgánica, este se manifiesta de primeras en un aspecto doble: con interior y con exterior. Una aspectividad dual que las cosas inanimadas no presentan. Ahora bien, en el segundo capítulo de la obra la mirada reflexiva de Plessner pone entre paréntesis toda forma de dualismo filosófico, de cuño cartesiano, que rompa el fenómeno en dos: lo físico y lo psíquico, lo corporal y lo anímico, el mundo externo y el mundo interno. Fijarse en las sensaciones, no como representaciones sino como el límite entre el cuerpo sensible y el yo que siente, marcaría ya el camino para pensar correctamente esta dualidad según las reflexiones de Plessner (p. 96 y ss.) –que influirán en las de Merleau-Ponty. Pero también lo haría fijarse en la conciencia, que “no es solo la esfera dada con anterioridad a toda experiencia concreta, sino que también abarca el juego completo de esa vivencia concreta y sus contenidos” (p. 105): el interior de la vida consciente y el mundo exterior vivido. La reflexión filosófica puede explicar que la relación interior/exterior que la vida manifiesta es una divergencia de aspectos constitutiva de la vida misma, de forma que un aspecto no es reducible al otro. Por ello, también Plessner pondrá en el capítulo tercero entre paréntesis las hipótesis científicas que se mueven entre el mecanicismo (Köhler) y el vitalismo (Driesch), aunque lo hagan sobre una concepción gestáltica de lo orgánico.

Según una mirada reflexiva hacia la doble aspectividad de los cuerpos vivientes Plessner intuye la forma del «límite aspectual»: el contorno espacial del organismo en que el interior se transforma en un exterior y el exterior en un interior. Sobre esta intuición de lo orgánico –que no es ningún concepto o concepción de la vida según Plessner– se han de deducir las categorías de la vida, formas modales de lo vivo o modos de darse la vitalidad, aunque no aparezcan como tales en sentido fenomenológico. En el capítulo cuarto de la obra Plessner despliega magistralmente esta deducción categorial de lo orgánico a partir de la intuición de la doble aspectividad del límite corporal. Lo orgánico está posicionado en sí mismo tanto hacia fuera (sus lados, más allá de sí) como hacia dentro (su núcleo, vuelto sobre sí), ocupando entonces un lugar natural, situado en un entorno. Lo

orgánico está en proceso, tanto deviniendo algo distinto como siendo su mismo tipo, el que se realiza en cada individuo, y que se comprende bajo la forma del desarrollo –que lo es de la vida tendiendo en su ejecución hacia la muerte, pero de forma que esta le sobreviene al fin. Por último, lo orgánico es estructuralmente tanto un sí mismo corporal unitario como el organismo que tiene un cuerpo de órganos múltiples; lo que marca el índice de la autonomía y autorregulación del organismo respecto a sus partes, “de modo que el cuerpo vive su existencia efectivamente real en oposición a él mismo o a través de él mismo” (p. 202), es decir, de forma mediata, en el medio que es su propio cuerpo –incluyendo su entorno o medio circundante– para realizarse a sí mismo.

La vida, intuitivamente caracterizada de esta forma, se organiza en modalidades graduales, según explica Plessner en los tres últimos capítulos de su estudio. En el capítulo quinto señala que la distinción entre lo vegetal y lo animal radica en cómo el límite corporal lo es respecto al campo en el que se posiciona, su entorno. En el caso de lo vegetal se trata de un límite orgánico abierto al medio: la forma abierta de las plantas las integra inmediatamente en su entorno. En el caso de los animales se trata de un límite corporal que encierra el medio sobre sí mismo: la forma cerrada de los animales les integra en su entorno por mediación de sí mismos, posicionándose a través de su centro corporal. “En consecuencia, ya no está (el animal) en contacto directo con el medio y las cosas que le rodean, si no es a través de su cuerpo” (p. 256), convertido así en un cuerpo vivido [*Leib*].

Los capítulos sexto y séptimo desarrollan en qué consiste la esfera animal y la esfera humana en las formas orgánicas cerradas. En ambas esferas, según Plessner, el cuerpo vivido es un sí mismo reflexivo y consciente, que nota, tiene y controla su cuerpo, pero que en el caso del animal queda absorbido por sus sensaciones y acciones en el medio, y oculto para sí: “no «se» vivencia a sí mismo” (p. 311). Esta posibilidad está reservada según Plessner al ser humano [*Mensch*], como forma de reflexividad plena de la vida, según la cual la vida humana se puede distanciar de sí misma, saliendo de sí para volver de otra forma sobre sí, según la estructura que Plessner denomina «excentricidad»: “No sólo vive y tiene vivencias, sino que tiene la vivencia de su propio vivenciar” (p. 314). De esta manera, “el hombre se encuentra en un mundo” (p. 316), que es al mismo tiempo mundo exterior, mundo interior y mundo común o compartido con otras y otros. Y en base a esta estructura vital y mundana se podrán definir los rasgos o leyes que rigen la existencia humana.

Plagada de sutiles y ricos análisis, esta obra esencial de Plessner ofrece la complejidad conceptual del autor en su esfuerzo por elaborar un pensamiento propio sobre un terreno inexplorado. Su traducción al castellano se ofrece como una doble oportunidad. En nuestro contexto filosófico, la oportunidad de profundizar en el estudio de los orígenes de la antropología filosófica que, al final de los años veinte del siglo pasado, reúne a pensadores de la talla de Scheler, Plessner y también Heidegger; los cuales, en sus diferencias –las que expone el autor de *Los grados* en el prólogo a la segunda edición de 1964 (pp. 23-41)– comparten un coincidente filosofar

sobre la vida humana, muy conscientes de que ella es tanto vida como humana. Y, en nuestro contexto epocal, la oportunidad de revivir reflexivamente nuestro vivenciar pero en la medida en que hoy en día este último oculta lo vital, se desgaja de su condición orgánica, se cree con el poder de vencerla,

perdurando esa terrible idea de lucha contra la naturaleza, contra la vida, para someterla. Una lucha que en realidad es una guerra contra nosotros mismos, según las distintas y actuales formas tecnocráticas, económico-desarrollistas y eco-políticas de destrucción autodestructiva.